

Aficionado á contemplar el cielo, en cuya contemplacion se recreaba muy á menudo y muy despacio, sentia en su interior, á tan hermosa vista, pensamientos, por los cuales frisaba su doctrina ortodoxa con el pesimismo de los mas extraviados pensadores modernos. Cuando fijaba los ojos en nuestro hermoso hemisferio por la callada noche, y veia pasar los fugaces aerolitos como rápidas abejas áureas; lucir los amarillos y rojos planetas, seguidos de sus satélites; platear las estrellas de las constelaciones formando como dibujos de misteriosos jeroglíficos; extenderse por lo infinito la Vía-láctea, ese gran semillero de mundos, como espesas nubes de cerúleo éter, entreveia mas allá de todas estas grandes cosas, las eternas y divinas, los grupos de ángeles, las jerarquías de serafines, las legiones de mártires, los coros de vírgenes, la divinidad misma en sus tres personas, y sentia tal menosprecio por todo lo criado, que consideraba el planeta como un monton de asqueroso estiércol.

Tal era el pensamiento y concepto que aquel hombre tenia de la vida, del mundo, de la humanidad, de sí mismo; demostrando por tan veraz demostracion, cómo las ideas místicas exageradas, cual las exageradas ideas sensualistas, se confunden á una en el seno de las mismas tinieblas y llegan por caminos opuestos á las mismas consecuencias. Cuando se tiene esta idea del sér y de la vida, no cuesta ningun trabajo disiparlos en el fuego voraz de un continuo holocausto, ni desvanecerlos en la triste abnegacion de un completo aniquilamiento. En este minuto del tiempo, en esta idea de aquel cerebro, en este propósito de aquella voluntad, en esta crisis de un espíritu sobrado individual que se dispone á someter toda individualidad á una regla y á una disciplina verdaderamente anti-humanas por su organismo esencialmente mecánico y por su carácter despótico, empieza la reaccion religiosa sobre la conciencia y sobre la historia. Pero las leyes de la historia, como eternas que son, se cumplen siempre, y toda reaccion, hasta la formidable y horrible reaccion jesuítica, es impotente contra la libertad y contra el progreso.

CAPITULO V

PRIMERA PEREGRINACION PIADOSA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Con abrir cualquiera de los biógrafos mas autorizados del santo y abrir cualquiera de los libros mas caballerescos del tiempo, échanse de ver, á la primera ojeada, las relaciones entre la vida mística, tal como la concibió en su enfermedad Ignacio, y la vida errante y aventurera, tal como la practicaron los mas ó menos fingidos caballeros de antaño. Con la lectura de los libros caballerescos llenóse al héroe último de estos tiempos la fantasía de pendenencias, batallas, desafíos, heridas y empresas imposibles. Y con la lectura de los libros místicos, llenóse al primero de los jesuitas la cabeza con sacrificios, holocaustos, peregrinaciones y empresas religiosas no menos imposibles. Recatóse con cuidado el caballero andante de su familia, por las leyes naturales interesada en retenerlo á su lado; y lo mismo se recató, y por igual causa y motivo, San Ignacio. A pesar de la sequedad propia del estilo monástico, mueve á lágrimas la escena tristísima, por todos los historiadores contada, entre los dos hermanos, el mayor y el menor, de aquella hidalga y dilatada familia. Comprende sin esfuerzo el primero por las lecturas asiduas, por las penitencias diarias, por los deliquios extáticos, por los ejercicios piadosos, que va el Benjamin de los Loyolas á dejar el hogar abandonado y á irse con las doradas alas de sus ideas, como avecilla que abandona el nido, por lejanos é inaccesibles horizontes. Y una familia de aquellos tiempos, hidalga y honradísima, pero pobre á pesar de tener intacta toda su hacienda heredada, por contar nada menos que catorce hijos, familia dependiente del duque de Nájera, quien, á su vez, depende como vasallo y señor al mismo

tiempo, de los Reyes Católicos; una familia tan linajuda, pero tan numerosa, y como numerosa necesitada de poderosos protectores, no podía en razón dejar partirse al más valeroso, al más inteligente, al más apuesto de todos sus miembros, famoso por sus hazañas y destinado á grande influjo, sin exigirle que aportara tantos bienes, semilla de futuros provechos, al acervo común de los Loyolas.

Conociéndolo así el experto Ignacio, nada reveló á sus hermanos por más que le hostigaron; y cuando, apremiado por ellos, se veía constreñido á departir sobre sus venideros empeños y sobre sus ocultos propósitos, limitábase á prometer que no haría cosa ninguna en desdoro del apellido que llevaba junto á su nombre y de la sangre que hervía en sus venas. El héroe, que ha pasado por la creadora imaginación del genio á modelo y dechado de la caballería, procedió de igual suerte. Puso en efecto su pensamiento, y comenzó á caminar por el antiguo campo de Montiel, sin más propósito que empezar y terminar hazañas suyas, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro.

Disimuladamente, como quien va derecho á negocios y asuntos del mundo, huyóse Ignacio de su casa para consagrarse á los asuntos y negocios del cielo. El primer sacrificio hecho, pues, en aras de su vocación y su destino, fué nada menos que el sacrificio de su familia. Mucho esfuerzo necesitó, mucho esfuerzo físico, durante su enfermedad y curación, para sobreponerse á sus heridas, limar sus huesos, extender su pierna por medio de ruedas y otros tormentos, quedando al cabo cojo; pero mayor esfuerzo había menester, si conservaba un corazón allá en su pecho, para desligarse y desceñirse del hogar donde había nacido, de la familia con quien se había criado, negándose una cooperación á la cual tenían indudable derecho. Así resultan, al fin y al cabo, en la historia todos estos caracteres extraordinarios que se dan, por impulsos interiores, á los oficios universales y colectivos, así resultan ásperos de corazón é ingratos para los suyos. Lo cierto es que la vida cenobítica y errante de Ignacio comienza por una inocente, pero por una verdadera mentira. Dijo á los suyos que iba en cumplimiento de sus deberes sociales, á prestar homenaje debido al duque de Nájera, quien le sacara de su rincón y le pusiera en la corte, y lejos de ir á la prometida y anunciada

entrevista, se va, guiado por el instinto, á donde le llaman sus pensamientos religiosos y sus interiores propósitos. Púsole dos criados de acompañamiento la familia; y apenas se había un trecho alargado del hogar, cuando los despidió, quedándose á sus anchas, solo, y entregado á la contemplación y estudio de sus pensamientos. De igual suerte, según los agravios que pensaba deshacer, y tiranos que rendir, y deudas que satisfacer, una mañana, sin dar parte á persona alguna, y sin que nadie lo viese, subió el caballero de la *Triste figura* sobre Rocinante, y poniéndose su mal compuesta celada y tomando su lanza, por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo. Lo que un siglo más tarde ridiculizara el inmortal Cervantes, hacíalo ya en su tiempo y sazón el fundador de la caballeresca orden de Jesús.

No tardaron en presentarse y sobrevenir las aventuras que suele procurar al aventurero errante la misteriosa providencia del acaso. Iba el hidalgo, caballero en mula de paso, cuando topó con valenciano morisco, de los que aun quedaban entonces, á pesar de la Inquisición y sus hazañas, en nuestra patria. Lejos de rehuir la conversación teológica, proceder indicado por la conveniencia social siempre que da uno con quien disiente de la propia fe tanto como un morisco disiente de un católico, buscó Ignacio en atrevido coloquio el más peligroso tema que podía buscarse. Las creencias no se razonan, y menos entre dos sectarios de religiones opuestas. El milagro, que para la fe parece cosa natural y sencilla, resulta, mirado desde otra fe contraria, cosa increíble y absurda. El paraíso de Mahoma, que trasporta y enloquece de ardor al mahometano, parecele al católico menos ferviente un serrallo inundo y vergonzoso. La encarnación de Cristo, la virginidad de María, el Espíritu, el Verbo, todo aquello que á los ojos de nuestra íntima fe aparece tan verdadero en sí como sublime y propio para esclarecer las ciencias é inspirar las artes, dejan frios é indiferentes á todos cuantos no han nacido en cuna católica y piadosa. Peligroso, pues, peligrosísimo, contender con los infieles de nuestra personal fe. No lo comprendió así Loyola en su exaltado fanatismo, y departió con el moro de nuestros dogmas, en la persuasión quizá de convencerlo y convertirlo. Bien pronto la conversación giró sobre la

virginidad de María, dogma misterioso como todos nuestros dogmas, y por misterioso, incomprendible á la razon y al sentimiento de todo infiel verdadero. Dió de barato el musulman que María fuese vírgen antes del parto, hasta en el parto mismo, por convenir así á la grandeza y santidad del Hijo que concibiera en sus entrañas; mas despues del parto y en la vida subsiguiente á tan extraordinario hecho, ya era otra cosa para el morisco, quien tenia dificultades y escrúpulos, explicables en la fe de su raza, para creer en la total virginidad de nuestra Madre sin mancilla.

Fácil comprender cómo se indignaria el vehemente corazon de Loyola viendo de tal manera desacatada y zaherida la persona mas amorosa y mas amada, el dogma indudablemente mas querido y mas vulgarizado entre todos los dogmas de nuestra religion. Largo hábito de tolerancia prudente y moderna, íntima idea del derecho que tienen todos los hombres á seguir la religion de su conciencia indudablemente se necesitan para oír con calma y en paz negaciones insultantes á la pureza de aquella que os ha sonreído en la cuna, que os ha consolado en el dolor; luz para el artista, estrella para el navegante, lirio para el campesino; cuyo auxilio habeis invocado mil veces en todas las penas, cuyo nombre habeis oído en todas las iglesias, y cuyo amor, desde la niñez, habeis confundido con el de vuestra madre, y en cuyo seno habeis libado toda la miel de las mas santas y mas consoladoras esperanzas. Para no exponerse á un desagrado así, el hombre de una sociedad donde las sectas están toleradas como tolerados estaban entonces los moriscos en España, rehuye las conversaciones peligrosas, comprendiendo que solo una contradiccion tristísima é irremediable puede resultar de disentimientos tan profundos y desavenencias tan grandes. Callar ó persuadir con dulzura, tales me parecen los deberes de quienes habitan sociedades fundadas en el principio de la tolerancia religiosa. Pero id con estas reflexiones al soldado militante del siglo xvi que ha echado léjos de sí las armas materiales para esgrimir las armas espirituales, y que cree hallarse dentro de una fortaleza, perseguido y asaltado de continuo por los agentes del demonio.

Ignacio defiende con calor la pureza de María en la plática teológica con el moro. Pero no le basta la palabra, necesita en su fe apelar á las obras materiales y á la material accion. ¿Y qué se le ocurre al soldado en tal aprieto?

¿Insistir en su defensa? ¿Predicar oportuna é inoportunamente? ¿Aducir nuevos argumentos? ¿Mover y persuadir al moro? No. Refrena la boca de su mula, retarda y modera el paso, queda gran espacio atrás, y llevándose la mano al cinto y acariciando el puñal que todavía en el cinto llevaba, viénele á las mientes la idea y á la voluntad el propósito, para persuadir á su contradictor, de matarlo en aquella hora y punto. Al mas destituido de conciencia le asalta siempre alguna perplejidad cuando la ira ó el odio le mueven al homicidio. El amor de la propia vida y salud habla en los corazones mas empedernidos, si callan la razon y la conciencia, cuando de la muerte de un semejante se trata. Tuvo el entendimiento de Loyola sus escrúpulos, el corazon sus desmayos, el instinto de la propia vida su fuerza, la voluntad sus perplejidades; pero no le disuadieron del premeditado crimen. Resolvió, pues, matarlo. Pero como llegara en su camino incierto á una encrucijada, en la cual dos sendas se abrian y bifurcaban, ancha, llana y desembarazadísima la una, tortuosa, pendiente, pedregosísima y estrecha la otra, decidió el santo que si la cabalgadura, en cuyo lomo iba caballero, escogia el camino espacioso, mataba en el acto al morisco, y si escogia el camino estrecho, lo dejaba ir en paz y contento. El mulo, con mejor acuerdo que el santo, escogió la senda tortuosa, y á esta instintiva eleccion del pobre animal debió su vida el morisco. Ya tenia el puñal en la mano apercebido al crimen, cuando varió tan bárbaro acuerdo por el mejor acuerdo de su mulo.

Todos los biógrafos cuentan esta primera aventura sin pararse á contemplar toda su enseñanza. El Padre Rivadeneira la trae y dice así en el capítulo tercero de la Vida de San Ignacio: «Y despues de haber buen rato pensado en ello, al fin se determinó de seguir su camino hasta una encrucijada, de donde se partia el camino para el pueblo á donde iba el moro, y allí soltar la rienda á la cabalgadura en que iba, para que si ella echase por el camino por donde el moro iba, le buscase y le matase á puñaladas; pero si fuese por el otro camino le dejase y no hiciese mas caso de él. Quiso la bondad divina que, con su sabiduría y providencia, ordena todas las cosas, para bien de los que le desean agradar y servir, que la cabalgadura, dejando el camino ancho, por do habia ido el moro, se fuese por el que era mas á propósito para Ignacio.» Si con nuestros mismos ojos no